

Niñez de Martí

Rosa Leonor Whitmarsh

Vino desde la tierra a ascender sobre el musgo
verde e inexpugnable por la ley del decreto;
en tierra colorada yacía su provincia;
el faro de la costa, luciérnaga abrigaba.

Dulcemente sus juegos con la lluvia trenzaba
y en charcos sus juguetes de lodo los llenaba;
aspiraba el pequeño el latido del aire.
¡Qué impulso señalaba su reloj en la arena!

No eran horas de tedio las de serios reproches,
cuidar a sus hermanas o escuchar los sinsontes.
Las noches bien oscuras con sus grillos cantores
entonaban secretos sonos reproductores
y el oleaje que ronca soslayaba la calma.

El chiquillo delgado es hábil en canicas
y ayuda en las aguadas con su fuerza de hombre;
el padre no se halla al tanto de esas cosas
que afanan al pequeño responsable de todo,
más hombre que otros hombres.

El niño José se crece con Mendive,
de sus labios recibe el alma de la Patria:
lecciones superiores de hondo contenido.
Mendive se percató de una rara tristeza
y alerta le da un giro, un tono, una esperanza,
al alma de ese niño al que el peligro asecha.
¡El niño está salvado! ¡Como que tiende el ala
germinal al espacio, al ramaje distinto!

-2-

¡Qué comparsa de negros
en alba de estertores
pasó por sus sentidos
de origen españoles!

¡Qué comparsas de albahaca
perfumaron los sonos
incipientes, cubanos,
criollos, pre-danzones!

¡Qué acentos aspirados
en eses diluidas
por las calles polvorosas
intramuros sonaron!

De barcos bergantines
ululan las sirenas;
los sacos almacenan
el azúcar de Güines.

Hay olores a puerto, a calesa y botines;
a chaqué, mariposa, candelí, gardenia, oliva;
a burato, brea, zaguán, caballo y bridas.

La barquita de Regla pone remos al agua;
la familia de Pepe fue a pasear un domingo;
el pitazo de un buque a ultramar lo dirige.



Casa de José Martí en La Habana.

-3-

Por la calle Empedrado, por Muralla, Galiano,
pasea con su padre;
conoce de profundis los linderos del Príncipe.
Tampoco son ajenos
el Torreón de San Lázaro, la estación de los trenes,
la calle de la Infanta, el Paseo del rey Carlos
Tercero; transitable, convertido en calzada
de madera,
que cubre los lodos infernales.

Se aseaba en la jofaina y su lecho era seco;
los frutos de la tierra comía desde niño:
guanábana, mango, anón y mamoncillo.
Su madre cocinaba calabaza amarilla
y garbanzo y fabada.
Y el Día de los Fieles Difuntos respetaba.

Es la niñez del niño
de la calle de Paula;
allí nació ese niño
con número de cábala,
por azar en La Habana.

Asomarse a los muelles,
ver despegar los barcos;
separar los acentos

del bozal y del blanco,
el hispano del criollo,
y ¡elegir el cubano!

-4-

Así surgió el criollo: de Yara y sus principios,
la tierra, el aire limpio
del puerto y los corales
de la costa cercana;
del pensar del Maestro;
de ese viaje al Hanábana,
al palmar, las veredas, al plantío,
la sabana de caña, la décima guajira,
la dimensión de Patria:
ese viaje toral al ombligo de Cuba;
¡ese viaje a la entraña!

La sangre destilada en la triste cantera
la sabe necesaria.
Le da una nueva vida
saber que hay que romper
las cadenas de España.

Ya no hay negro ni blanco ¡tan sólo hay cubanía!
El pitazo de un barco lo traslada de puerto
y Cádiz lo recibe ventoso; él, transformado.
Terminó el primer ciclo, del musgo a la palmera;
¡los sinsontes de Cuba desde el alba lo esperan!

Rosa Leonor Whitmarsh
Rosa_leonorw@hotmail.com